LA TEOLOGÍA PASTORAL
SEGÚN KARL RAHNER

Casiano Floristán Samanes
Universidad Pontificia de Salamanca

Para analizar la contribución de Karl Rahner a la teología pastoral recordaré el nacimiento e itinerario de esta disciplina, cuyo su estatuto teológico maduró a partir de la segunda guerra mundial, especialmente con las aportaciones del alemán F.-X. Arnold y del francés P.-A. Liégé, sus antecesores inmediatos. Más adelante examinaré la concepción teológica rahneriana de la pastoral. Terminaré con unas conclusiones.

1. Nacimiento e itinerario de la teología pastoral

La teología pastoral nació como nueva disciplina el 3 de octubre de 1774 mediante un decreto de la emperatriz María Teresa (1740-1780) en su reino austro-húngaro, que aplicaba oficialmente el plan de reforma de los estudios eclesiásticos (“Proyecto para una mejor organización de las escuelas teológicas”) del canonista benedictino Franz Stephan Rautenstrauch (1734-1785), entonces decano de la facultad de teología de Viena, después de haber sido de la de Praga\textsuperscript{13}.

La supresión de la Compañía de Jesús en Europa un año antes permitió a la emperatriz constituir libremente una comisión de reforma de los estudios eclesiásticos sin que intervinieran los jesuitas. María Teresa fue madre del “emperador sacristán” José II, del que proviene el término josefinismo, caracterizado por la servidumbre, por un lado, de la Iglesia al Estado o el sometimiento de los clérigos e instituciones eclesiales a la tutela del poder político; por otro, del Estado a la Iglesia, institución rectora en los asuntos públicos de la moral.

La reforma austriaca de los estudios eclesiásticos pretendía que la teología de entonces ayudase a “formar dignos servidores del evangelio, es decir, pastores de almas competentes”, para que éstos, a su vez, formasen “excelentes cristianos” y “buenos ciudadanos” y, de paso, supiesen refutar los argumentos de los herejes, cismáticos y ateos. Se explica esta pretensión en el ambiente cultural del siglo de las luces, caracterizado por el desarrollo de las ciencias positivas y los métodos históricos, dentro de una concepción romántica de la cristianidad. Raustenstrach definió la teología pastoral como “la enseñanza sistemática de los deberes del ministerio pastoral y de su cumplimiento”.

La reforma de la enseñanza añadía un año más al estudio de los cuatro cursos de la teología. En el quinto año cursaban los candidatos al sacerdocio “disciplinas prácticas”, una de las cuales era la teología pastoral, dividida en tres partes: deber de enseñar la dogmática y la moral mediante un “presentación popular”; deber de dispensar los sacramentos y cómo preparar a los fieles y con qué ritos; deber de tomar en consideración el comportamiento personal y público del pastor. La nueva asignatura, enseñada desde su nacimiento en la lengua del pueblo, no en latín, incluía las materias catequética, homilética, ascética, retórica, liturgia y rúbricas.

Nació la nueva asignatura con un sentido pragmático, no teológico, centrada en la enseñanza de los deberes del pastor de almas, considerado funcionario espiritual del Estado. Sólo la

---

persona del pastor o sacerdote encargado de la cura de almas era objeto de estudio de la recién aprobada teología pastoral. Con este talante se enseñó desde 1777 en los centros teológicos del imperio austro-húngaro y, más tarde, en los de toda Europa. En España se introdujo hacia 1800.

La recién creada teología pastoral fue entendida más como práctica sacerdotal o técnica artesanal que como ciencia o teología. Consistía en un muestrario de consejos prácticos sin base doctrinal. Su contenido se deducía de las leyes canónicas y de la experiencia pastoral. Era disciplina práctica sin categoría de ciencia, pura repetición sin base teológica, juridicismo clerical sin horizonte eclesial y visión fragmentaria sin mirada de conjunto. Recordemos que desde el s. XIII el derecho fue principio rector de las actividades pastorales. A partir del s. XVI cobró especial relieve la moral.

La teología pastoral tenía un sello clerical. Era asunto del sacerdote, investido con los tres poderes de enseñanza, gobierno y culto, dentro de un estatuto jerárquico de autoridad. El pastor era el único sujeto responsable del ministerio; los laicos se consideraban objeto pasivo de la función pastoral. Todo el acento recaía en el deber del pastor, representante oficial de la religión que encarnaba a la autoridad de la Iglesia y a la Iglesia misma en el Estado. Experimentados párrocos se encargaron de enseñar esta disciplina, sin que necesitasen saber teología.

Además, la teología pastoral nacía vinculada al régimen de cristianidad. Su objetivo se basaba en formar buenos cristianos y obedientes ciudadanos en una Iglesia enfeudada con el Estado, dentro de un régimen que durante un tiempo fue absolutista. Debido al régimen concordatario, se pretendía que las instituciones religiosas estuviesen al servicio del orden público civil y que el Estado fuese garante y guardián de la religión. Esto respondía a la concepción de un régimen sacral (el de la antigua cristianidad) o a los intereses de un Estado laico inspirado por los valores morales y espirituales del Occidente cristiano (el de la nueva cristianidad).

Dentro del clima de la Ilustración, la concepción pastoral se centró casi exclusivamente en la obra humana y el mensaje ético
de Jesús de Nazaret. “La finalidad del cristianismo -denuncia B. Seveso- no era la redención, el nuevo nacimiento del hombre en Dios, sino la promoción de la felicidad interior y la probidad de vida”\textsuperscript{115}. En el fondo se proponía a Jesús como “modelo” de los creyentes, “maestro” del mundo y “rector” de la humanidad. El mensaje evangélico se reduce a “instrucción”, los sacramentos a medios para promover la virtud y la moral a normas de conducta patriótica y religiosa.

Esta concepción de la teología pastoral, basada en recetas prácticas, dirigida al clero, con el marchamo de la cristiandad y una buena dosis de moralina, se prolongó entre nosotros hasta las puertas del Vaticano II. Se enseñó a lo largo de dos siglos y medio en los seminarios rutinaria y clericalmente, caracterizada por la coherencia o identidad entre la esencia del catolicismo y la nacionalidad española, la exaltación de la unidad política desde la unidad católica y el alza de valores como autoridad, verticalismo jerárquico, espiritualidad ascética y catolicismo popularizado, en detrimento de otros valores modernos como libertad, igualdad, democracia, derecho a disentir y derechos humanos.

La ideología subyacente al denominado nacional catolicismo, uno de cuyos momentos culminantes fue el régimen franquista, se sustenta en la simbiosis Iglesia-Estado, la mediación patriótica y familiar de la fe, el carácter eclesiocrático de la Iglesia, la piedad popular, el rechazo del protestantismo y la antimoernadidad.

El cambio de nombre de teología pastoral por teología práctica fue hecho por el notable teólogo protestante F. Schleiermacher en 1811. La nueva formulación se extendió en las Iglesias de la Reforma hacia 1850. La renovación de la teología y de la acción pastoral alemanas comenzaron tímidamente en las dos últimas décadas del s. XIX y se manifestaron con vigor en la primera mitad del s. XX. Entre 1880 y 1900 surgieron las renovaciones bíblica, litúrgica, patrística, teológica, laical y social en la Europa central católica, que contribuyeron a la

renovación pastoral. Esto fue posible al adquirir los teólogos contacto con la palabra de Dios y cercanía de las exigencias sociales del mundo.

La teología alemana, en sintonía con la experiencia religiosa y en diálogo con las corrientes culturales y filosóficas de la época, produjo a comienzos del s. XX un pensamiento renovador, tanto en las Iglesias protestantes como en la Iglesia católica. Fue importante el tránsito de Pío IX a León XIII, paso del anatema del mundo moderno a la proyección de una doctrina social católica sensible a los problemas sociales.

Frutos de una etapa que cobró vigor en Centro Europa hacia el año 1920 y se prolongó hasta 1939, año del inicio de la segunda guerra mundial, fueron las aportaciones de una conciencia comunitaria eclesial, el retorno a un contacto vital con la palabra de Dios, la aspiración a una liturgia más auténtica, la participación del seglar en el apostolado, la indagación rigurosa de la historia de la Iglesia y de la teología, la exigencia de una dogmática cada vez más bíblica, el redescubrimiento de una cristología evangélica y la aproximación de la Iglesia católica al ecumenismo.

En Francia se produjo una renovación teológica y pastoral de gran calado, a la vista de la descristianización de las masas y de las críticas a que era sometida la religión. Despertó un renovado espíritu misionero. Algunos teólogos juzgaban que los cristianos atraían poco por falta de lenguaje adecuado, costumbres rígidas, tradicionalismo religioso inculto y sometimiento a la jerarquía en detrimento de la libertad. Al aparecer en la sociedad instituciones y fenómenos sociales nuevos sin referencia religiosa, las recetas pastorales antiguas se mostraron obsoletas.

2. Concepción de la teología pastoral a partir de la segunda guerra mundial

Al acabar la segunda guerra mundial se produjo una notable renovación de la teología pastoral en Alemania y Francia,
gracias a la eclesiología desarrollada en torno al concepto de pueblo de Dios más que a la idea de cuerpo místico. Fue consecuencia del crecimiento de la conciencia de Iglesia, merced al conocimiento de la historia del cristianismo y de las realidades sociales. También generó una nueva visión teológica y pastoral el concepto de la Iglesia como sacramento fundamental derivado de Jesucristo, sacramento radical. Otros aportes pastorales eclesiológicos de esos años fueron el interés que despertaron los ministerios y servicios en la Iglesia, la teología de laicado y la apertura a las denominadas “realidades terrenas”. En una palabra, fue posible pasar de una teología más pastoral a una teología pastoral. Hay que destacar las investigaciones eclesiológicas de G. Philips, Y. Congar, K. Rahner y O. Semmelroth.

Un momento relevante de una nueva sensibilidad teológica pastoral fue la aparición de la teología kerigmática en la Facultad católica de la universidad de Innsbruck, iniciada por el liturgista y catequeta J. A. Jungmann y continuada por un grupo de profesores jesuitas, entre los que destacó Hugo Rahner, hermano mayor de Karl. El jesuita vienes J. A. Jungmann había señalado en 1936, en su libro La buena noticia y nuestra predicación de la fe, la separación peligrosa que se daba entre teología y predicación\(^\text{116}\). Corroboraron esta opinión sus colegas de Innsbruck J. B. Lotz, F. Lakner, H. Rahner y F. Dander\(^\text{117}\). El cristianismo no era percibido, según Jungmann, como alegre noticia sino como algo rutinario, abstracto y árido. Había que rescatar lo que en el cristianismo primitivo se llamó kerigma, es decir, mensaje evangélico\(^\text{118}\).


Los *kerigmáticos* pretendieron elaborar una teología distin-
ta de la escolástica o especulativa, que denominaron “teología 
predicable” (*Verkündigungstheologie*). Por otra parte, la preocu-
pación por un anuncio más eficaz del evangelio fue una constan-
te entre los dominicos franceses, como lo expresó Chenu en su 
libro *Le Saulchoir. Una escuela de teología*, precursor de la teolo-
gía de los signos de los tiempos. En Centro Europa se buscaba 
una “nueva teología”.

Junto a la teología escolástica, cuyo objeto es Dios -afir-
maron los kerigmáticos alemanes-, debe haber una teología de 
la predicación o teología kerigmática, cuyo objeto sea Cristo, al 
servicio de la fe y de la acción pastoral. La primera se basaría 
en el verum o en Dios; la segunda se centraría en el *bonum* o 
en Cristo. Las dos visiones -se afirmó- no se excluyen sino que 
se complementan. La contribución kerigmática más completa 
la hizo Hugo Rahner, hermano de Karl, en su libro de 1939 *Una 
teología de la predicación (Eine Theologie der Verkündigung)*. En 
el fondo se criticaba la teología escolástica por su escasa 
exégesis y su lejanía de la vida. El debate de la teología kerig-
mática, mal vista por los organismos romanos, se prolongó 
hasta 1964.

Evidentemente, aunque el intento kerigmático trajo aporta-
ciones saludables para la pastoral, hubiera supuesto la ruina de 
da teología, y, por consiguiente, el desvío de la reflexión teológi-
ca-pastoral. Por estas razones, las propuestas kerigmáticas no 
encontraron total aceptación, ya que “la teología más científica, 
que es la más estricta, la más apasionadamente entregada a la 
cosa en sí, la que plantea nuevas e incesantes preguntas, es 
también -dijo Karl Rahner- la más kerigmática”, siempre que se 
nutra de la palabra de Dios y explicite con rigor el kerigma o 
evangelio.

Lo cierto es que en la década de los cincuenta hubo historia-
dores centroeuropenos de la teología que, preocupados por la 
acción pastoral, compararon la genuina escolástica medieval con 
la enseñada en los seminarios y facultades de entonces, para lle-
gar a la conclusión de que la neoescolástica de los centros de estu-
dio estaba desfasada. También dijo Karl Rahner que la neoescolástica tenía poco de genuina escolástica, porque estaba alejada de santo Tomás de Aquino. Era, pues, necesaria una renovación, no sólo desde la fuentes, sino desde los problemas del mundo moderno, para que la teología tuviese dimensión pastoral. Esto fue la pretensión básica de los kerigmáticos.

A comienzos de los años cuarenta fue nombrado profesor de pastoral en la Facultad de Teología católica de Tubinga F. X. Arnold (1898-1969). Heredero de los pastoralistas alemanes pertenecientes a la escuela de Tubinga, comenzó sus estudios en torno a la naturaleza e historia de la acción pastoral. Propuso unas nuevas bases para elaborar el discurso teológico-pastoral. Acepta de los kerigmáticos sus críticas a la dogmática neoescolástica por su insensibilidad pastoral y pone de relieve el principio de lo divino-humano, extraído de la escuela de Tubinga. La teología pastoral ha de fundamentarse en Jesucristo, centro de la revelación, único mediador entre Dios y los hombres y, por consiguiente, prototipo de cualquier mediación eclesial.

Según Arnold, la teología pastoral presupone una teología bíblica que investiga el “contenido y forma de la revelación divina”; una teología histórica que estudia la “evolución y los azares de la revelación y la Iglesia en el ir y venir de la historia” y una teología sistemática que profundiza el “dogma y el ethos, el espíritu y la esencia del cristianismo”. La teología pastoral, como cuarto eslabón, no es mero recetario o corolario de la dogmática, ya que posee un objeto propio constituido por las “acciones eclesiales”, que consisten en la palabra, los sacramentos y la acción pastoral en sentido estricto. En definitiva, la teología pastoral, según F. X. Arnold, es “la doctrina teológica sobre las formas de acción de la Iglesia” o teología de las acciones eclesiales.

120 Ibid., 364.
Arnold entiende la Iglesia como “congregación de todos los bautizados”. Por eso afirma que “los bautizados son fundamentalmente sujetos de la actividad de la Iglesia y portadores responsables de sus acciones eclesiales”. La Iglesia, pues, se construye desde arriba, “por medio de Cristo”, y desde abajo, “por la fe y el amor de sus miembros”\(^{121}\). Afirma que “la teología pastoral profundiza en la Iglesia como algo que se edifica en el futuro. La meta de la teología pastoral es tanto de naturaleza científica como práctica: comprende teológicamente a la Iglesia obrando pastoralmente por su acción en la palabra, el sacramento y la cura de almas”\(^{122}\). Define la teología pastoral como “visión teológica de la esencia de la Iglesia en cuanto agente de la pastoral y de sus acciones eclesiales”. Dicho de otro modo, es “la disciplina teológica que aporta su propio discurso a la conciencia reflexiva del obrar eclesial en el hory de su cumplimiento”\(^{123}\).

El eje radical de la pastoral es, para Arnold, el principio de Calcedonia de lo divino-humano basado en Cristo. Significa que la acción pastoral incluye la participación de Dios y del ser humano. “La teología pastoral está, por tanto, subordinada y obligada a estos dos factores, en medio de los cuales la Iglesia ha de servir de mediadora: Dios y su revelación y el hombre en su situación concreta”\(^{124}\). La acción divina ocupa un primer puesto; la Iglesia cumple un humilde servicio o ministerio de fe y de amor instrumental-personal, sin ejercer un dominio sobre los medios de salvación y sobre la personas\(^{125}\). En definitiva, el principio teándrico es fundamental en la acción pastoral.

Con una visión semejante a la de F. X. Arnold en Alemania, el dominico francés P.-A. Liégé (1921-1979) enseñó en el Instituto Católico de París los fundamentos de la teología pastoral. Partió de

\(^{121}\) Ibid., 365.
\(^{122}\) F. X. Arnold, *Teología e historia de la acción pastoral*, Flors, Barcelona 1969, VII.
\(^{124}\) F. X. Arnold, *¿Qué es la teología pastoral?*, o. e., 366.
una correcta concepción eclesiológica. Para justificar el ministerio eclesial, que se resume en "proponer la fe salvadora, conferir los sacramentos y suscitar comunidades de santidad", Liégé fundamenta la teología pastoral en la eclesiología y la eclesiología en la cristología.

Centrado en una eclesiología viva, Liégé define en 1955 la teología pastoral como "la reflexión sistemática sobre el conjunto del misterio de la Iglesia en el acto vivido durante el tiempo de su crecimiento", o bien "la reflexión sistemática sobre las diversas mediaciones que la Iglesia realiza para la edificación del Cuerpo de Cristo".

En 1957, al presentar al público francés la traducción de la obra de F. X. Arnold Dienst am Glauben ("Al servicio de la fe"), escribe Liégé un brillante prólogo sobre el sentido que posee la teología pastoral. Afirma que es "la ciencia teológica de la acción eclesial" o "teología dinámica de la Iglesia". Al explicar esta definición, Liégé defiende el carácter científico, teológico y eclesiológico de nuestra disciplina. De este modo establece una estrecha relación con el pensamiento de Arnold, del que se consideró discípulo y amigo.

Para estudiar las divisiones de la teología pastoral, parte Liégé de la misión de la Iglesia, formulada en el mandato de Cristo a los apóstoles: "Id, pues, y haced discípulos míos en todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo os he mandado" (Mt 28, 19-20). "La evangelización de las naciones -afirma Liégé- es el oficio profético; bautizarlas el oficio sacerdotal".

---


129 P. A. Liégé, Pour une théologie pastorale catéchétique, o.c., 5.
tal; hacerles guardar los mandamientos el oficio pastoral; oficios todos ellos que han de ser desempeñados en nombre de Cristo, que continúa presente en su obra"\textsuperscript{130}. Concluye que se dan tres ministerios: el profético, el litúrgico y el caritativo. También aboga por el estudio de unos principios que "la teología pastoral debe explicitar a lo largo de su reflexión sobre la acción eclesial: acción de Cristo en la Iglesia en virtud de la misión"\textsuperscript{131}. Los resume en estos tres: el cristológico, el eclesiológico y el de la unidad de la misión.

En uno de sus últimos trabajos describe la teología pastoral como "teoría de la praxis de la Iglesia"\textsuperscript{132}. Para Liégé la teología pastoral es una dimensión de toda la teología. Sólo los partidarios de una escolástica decadente –dice Liégé– no admiten que la práctica sea un constitutivo de la teología\textsuperscript{133}. Las afirmaciones comunes entre pastoralistas franceses y alemanes de la década de los cincuenta del s. XX son básicamente dos: la finalidad de la pastoral es anunciar la salvación de Dios que propone la Iglesia; ahora bien, para llevar a cabo ese propósito, hay que tener en cuenta la experiencia y situación humanas.

Algunos teólogos críticos dijeron que la teología pastoral, así concebida, era teología ocasional, mera teología de la evangelización, reflexión escasamente crítica. En resumen, puede afirmarse que la teología pastoral de ese tiempo se centraba en la acción de la Iglesia, concernía a su "auto-edificación", se entendía como disciplina rigurosa y sistemática frente a la teología excesivamente especulativa y tenía en cuenta la salvación de los seres humanos y la experiencia humana en su relación con la Iglesia\textsuperscript{134}.

\textsuperscript{130} P. A. Liégé, El misterio de la Iglesia, o. c., 271.
\textsuperscript{131} Ibíd., 15.
\textsuperscript{133} P. A. Liégé, La pratique comme lieu de la théologie, en Recherches actuelles III, Beauchesne, Paris 1977, 84.
3. La concepción rahneriana de la teología pastoral

El 5 de marzo de 1904, hace justamente cien años, nació en Friburgo de Brisgovia Karl Rahner, probablemente el teólogo de más fecundidad y calado espiritual de la Iglesia católica en el s. XX. Después de ordenarse sacerdote jesuita en 1932, estudió historia de la filosofía en Friburgo, donde siguió las enseñanzas de M. Heidegger y escribió su tesis El Espíritu en el mundo, que fue rechazada por su director Honecker por excesivamente heideggeriana. Este percance le condujo a dedicarse al estudio de la teología, influido por la lectura de las obras del profesor de Lovaina Joseph Maréchal, promotor de un tomismo moderno.

Karl Rahner fue profesor de dogmática en Innsbruck a partir de 1937. En 1964 fue llamado desde la Facultad de Teología de Munich para suceder a Romano Guardini en su cátedra, donde no triunfó. Fue en 1967 a Múnster, donde estuvo cuatro años, y terminó por volver a su refugio teológico de Innsbruck. Se retiró de la docencia universitaria en 1971 y murió el 30 de marzo de 1984, justamente unos días después de celebrar su ochenta aniversario. Recordemos que para los judíos, la celebración del ochenta cumpleaños es la entrada en la sabiduría de Dios.

Fue persona de contrastes. Por su carácter desabrido y su ronca voz, pero exquisito de trato, fue calificado por uno de sus discípulos y amigos de “gruñón encantador”. Sincero hasta el extremo, se oponía a todo lo que rezumaba falsedad. Mostraba con los necesitados de consejos una paciencia admirable. Al mismo tiempo que refunfuñaba cuando le importunaban, demostraba un espíritu risueño e infantil. Sentía curiosidad por las personas más que por los paisajes. Era capaz de concentrarse en cavilación profunda. A pesar de ser huraño, dio muestras de saber trabajar en equipo. Para muchos de sus discípulos y admiradores fue teólogo iluminador y compañero fraterno en la andadura de la fe.

Su extraordinaria actividad queda avalada por los 4.000 títulos entre libros y artículos que publicó. Sus obras completas, en curso de edición, ocupan 30 volúmenes. Escribió tres gruesos
tomos en latín -lengua que manejó con soltura- sobre la gracia, la creación y la penitencia. Impartió clases, conferencias, predicaciones, sermones de cuaresma, ejercicios espirituales y programas radiofónicos. Hizo incursiones originales y profundas en multitud de disciplinas: exégesis, patrística, teología dogmática, cristología, espiritualidad, ecumenismo, teología sacramental, eclesiología, ética, ascética y mística y teología pastoral. Sus publicaciones han sido traducidas a más de quince idiomas. Fue nombrado doctor honoris causa en varias universidades y recibió sentidos homenajes al cumplir los sesenta, setenta, setenta y cinco y ochenta años. No se vanaglorió de sus éxitos y reconoció sus limitaciones.

Al mismo tiempo que amó a la Iglesia profundamente, criticó sus estructuras obsoletas, sus desvios y desvarios, lo que le acarreó avisos, reprimendas y prohibiciones del Santo Oficio, que nunca alteraron su actitud eclesial de fidelidad. Encontró siempre apoyo en la curia de los jesuitas. Padeció dificultades en 1951 a la hora de publicar su mariología y su tratado de la penitencia. Por decisiones superiores, sus escritos fueron sometidos en junio de 1962 a censura previa romana. Incluso se le prohibió hablar y escribir hasta que en octubre de 1962 Juan XXIII le nombró perito del Concilio Vaticano II. Fue criticado desde los más conservadores a los más abiertos.

Sincero hasta la rudeza, fue un pensador incómodo. Reflexionaba científicamente y componía plegarias. Odiaba la beatía afectada y la seguridad de los satisfechos. Nunca hizo migas con la neoescolástica de su tiempo. En los momentos terribles de auge nazista se retiró a Viena, donde ejerció con dedicación el ministerio sacerdotal hasta que acabó la segunda guerra mundial. Al final de sus días dijo en una entrevista que “las visitas del papa no bastan para darle a la Iglesia nuevo brillo, autoconciencia y mentalidad incisiva. Por eso pienso que nos sumimos, sin tener que hacerlo necesariamente, en cierta laxitud y en un tiempo de invierno de la Iglesia”.135 Revelador fue el análisis lucido que hizo en su libro Cambios estructurales en la Iglesia.

Durante el Concilio desplegó una actividad frenética, avalado por el conocimiento que tenía de la tradición, su capacidad teológica y su dominio del latín. Formó parte de la Comisión Teológica y participó en la redacción de las constituciones Lumen Gentium y Dei Verbum. De hecho hay huellas de su teología en todos los textos conciliares. Tomó en serio dos propósitos del concilio: el diálogo y la apertura de la Iglesia al mundo.

Criticó el adoctrinamiento de las fórmulas escolásticas y abogó por un “acercamiento antropológico” para salvar la sima entre transcendencia y experiencia humana. Entiende que la experiencia humana es experiencia de finitud, de verdad y responsabilidad, amor y fidelidad. La transcendencia, en cambio, es apertura radical al misterio, orientación dinámica hacia el infinito, horizonte de comprensión de todas las experiencias, experiencia originaria y experiencia de Dios. Rahner se centró en el misterio incomprensible de Dios, es decir, en Dios como misterio absoluto, meta inseparable del hombre. Formula poéticamente su concepción teológica de este modo: “el hombre, ocupado con los granos de arena de la playa, vive a las orillas del mar infinito del misterio”.

Cuando se incorporó en 1937 a la Facultad de Teología de Innsbruck, encomendada a los jesuitas, todos sus profesores se habían embarcado en la teología kerigmática, contrapuesta a la teología neoescolástica de entonces, como ya señalé. Aunque simpatizó con los horizontes pastorales de la teología kerigmática, señaló sus exageraciones y peligros. Aceptó una de sus perspectivas dominantes, “el punto de vista del hombre”, que dio lugar al giro antropológico de la teología. A partir de 1945 fue uno de los teólogos más influyentes en Alemania y, después del Vaticano II, de la Iglesia católica.

En 1954 inició la colección de sus Escritos de teología con el Ensayo de un esquema de dogmática, donde abogó por una teología científica y kerigmática, esencial y existencial. En 1959

---

publicó *Misión y gracia*, con el título significativo de *Contribuciones a la teología pastoral*, donde afronta la renovación de la praxis eclesial, teniendo en cuenta la pérdida de la cristianidad -no enteramente negativa- y la situación de la Iglesia en estado de diáspora, que los franceses llamaron estado de misión. Reflexiona sobre la posición de los cristianos en el mundo moderno, el cristianismo anónimo, los ministerios y la piedad de los pastores de almas.

Al analizar la situación cultural y teológica de la década de los cincuenta, tiene en cuenta tres premisas: vivimos en una sociedad secular y pluralista, se han ampliado los conocimientos en todos los campos del saber, que nos desbordan, y manejamos unos conceptos teológicos anquilosados y abstractos alejados de la vida. Dados los derroteros abstractos de la teología neoescolástica, Rahner trabajó toda su vida por reconciliar teoría y praxis.

Los debates de la “nueva teología” francesa y de la “teología kerigmática” alemana en torno a la teología escolástica decadente, pero impuesta por el magisterio en la enseñanza de los seminarios y facultades, ayudaron a enriquecer la preparación teológica de sacerdotes y militantes laicos y a echar los cimientos de una renovada teología pastoral. La nueva fase de la teología -que K. Rahner llamó *teología del futuro*- empieza con el final de la neoescolástica y los inicios del Concilio Vaticano II.

Al acentuar que la teología es inteligencia de la fe del pueblo de Dios y que la fe está orientada básicamente hacia el testimonio y el compromiso de los creyentes en el mundo, Rahner apuesta por la vertiente pastoral de la teología. Afirma que la teología, por ser ciencia de la fe, es ciencia *práctica*, ya que su propósito es la realización de la esperanza y del amor. En cuanto ciencia práctica, es inteligencia de la praxis de fe en la autorrealización de la Iglesia o ciencia de la práctica eclesial. Es “reflexión científica y racional de la fe de una Iglesia que está en *diálogo abierto*” con el mundo.

---

En la década de los sesenta la teología pastoral se desarrolló teológicamente merced al magisterio de K. Rahner, con el aporte previo de los pastoralistas Arnold y Liégé, ya estudiados. Por encargo de la Editorial Herder emprendió en 1960 la tarea de elaborar un manual de teología pastoral o de teología práctica. Propuso encarrilarlo con la guía de dos cuestiones: la autorrealización total de la Iglesia y las tareas concretas que la Iglesia debe llevar a cabo.

Después de múltiples discusiones con un grupo de colegas logró la colaboración de los pastoralistas alemanes F.-X. Arnold, F. Klostermann, V. Schurr y L.-M. Weber. En 1961 tuvo un encuentro con los dominicos franceses M. D. Chenu, A. M. Henry y P. A. Liégé, sin que llegaran a un acuerdo. “Las diferencias entre franceses y alemanes -escribe H. Vorgrimler- respecto de la mentalidad, de la actitud frente a la organización eclesial y de las pretensiones de reflexión científica eran demasiado grandes”\(^{139}\).

Estima Rahner que la teología pastoral es reflexión sobre la vida cristiana y eclesial en el hoy presente con orientación “profética” hacia el futuro. En el manual deberá conservar la dogmática su función, sin que se deduzcan de ella inmediatas conclusiones pastorales. La situación de la Iglesia no es un escenario de fondo sino el lugar de la realización de la vida cristiana, dato decisivo para la pastoral y para su reflexión.

La orientación pastoral de la teología rahneriana cristalizó en el *Handbuch der Pastoral Theologie* (Manual de teología pastoral), con el subtítulo: *Teología práctica de la Iglesia en su presente*.\(^{140}\) Los primeros cuatro tomos aparecieron entre 1964 y 1966. En 1972 se añadió un léxico o diccionario de teología pastoral. Esta obra refleja la mentalidad pastoral alemana de ese tiempo. Aunque había sido concebida antes del Vaticano, respondió a las exigencias pastorales del Concilio\(^{141}\).


\(^{141}\) En 1961 se imprimió como manuscrito en Friburgo de Brisgovia, *Plan und Aufriss eines Handbuches der Pastoraltheologie*.
Durante los años de preparación y desarrollo del Vaticano II, K. Rahner y algunos de sus discípulos acentuaron la autorrealización de la Iglesia como acción salvífica de Dios en el mundo. La actualidad, para K. Rahner, es la situación que Dios ha encomendado a su Iglesia. De ahí que la teología práctica trate la manera en que la Iglesia se autorrealiza, según una reflexión científica que se funda en la realidad esencial de la Iglesia, ya en su vertiente efectiva (punto de vista crítico), ya en relación a lo que debe ser cumplido (punto de vista normativo).\footnote{142}

De acuerdo a esta concepción, la teología pastoral tiene por objeto la Iglesia -no meramente el pastor- y es reflexión diferente de la teología especulativa, puesto que se considera disciplina rigurosa y autónoma. En el manual citado se exponen los fundamentos teológicos de la acción pastoral y se explaya la actividad de la Iglesia en su conjunto, en la línea de una teología práctica científica. La Iglesia determina sus imperativos prácticos de acción a partir de un análisis en función de la situación que ocupa en el mundo. Este análisis no es meramente sociológico, sino también teológico para que pueda influir de manera apropiada en las formulaciones de la teología práctica.\footnote{143}

El \textit{objeto material} de la pastoral es la vida de la Iglesia. La Iglesia entera es en realidad objeto y sujeto de la acción salvadora de Dios. Rahner entiende la Iglesia con el \textit{Catecismo Romano} como “la comunidad completa cristiana y la reunión de todos los creyentes”. El \textit{objeto formal} no es la esencia inmutable de la Iglesia ni su esencia actualizada en la historia sino la situación actual de la Iglesia y del mundo a la luz teológica. Es decir, su carácter dinámico.

Fundamentalmente, el manual es una “eclesiología existencial”. Pero más que definir una doctrina, intenta trazar los criterios de la renovación pastoral de la Iglesia en el mundo. El méto-

\footnote{143}{R. Winling, \textit{La teología del siglo XX. La teología contemporánea (1945-1980)}, Sigueme, Salamanca 1987, 159.}

- 145 -
do de la teología pastoral ha de ser empírico y teológico, inductivo y deductivo. La dimensión eclesial del manual es su fuerza y debilidad. La Iglesia cobra ahí una importancia excepcional. No llega a ser realmente una teología de la praxis de los cristianos o una ciencia teológica de la acción.\textsuperscript{144} Es “teología de la práctica de la Iglesia”.\textsuperscript{145} La teología pastoral no sólo es una disciplina, sino la dimensión constitutiva de las otras disciplinas teológicas.

Los rasgos principales de la concepción de la teología pastoral según K. Rahner son los siguientes.

\textbf{a)} \textbf{La teología pastoral es eclesiología dinámica o en acción}

La teología pastoral se vertebra eclesiológicamente. Su idea dominante es la edificación de la Iglesia. Recordemos que la Iglesia había sido estudiada dogmática o apologeticamente, sin suficiente dinamismo pastoral. Nuestra disciplina se justifica por la mediación de la razón práctica, a diferencia de la historia de la Iglesia o de la eclesiología dogmática, que utilizan otras razones de mediación. Es ciencia práctica o ciencia de la acción. Además, en la teología pastoral se articulan las disciplinas parciales de tipo práctico que se hallaban aisladas.

\textbf{b)} \textbf{Se basa en las acciones eclesiales}

La acción pastoral como acción eclesial tiene presente el deseo y necesidad de autenticidad existente en la conciencia de la Iglesia, expone los imperativos de sus acciones y las orienta para su planificación. Así concebida, la acción pastoral abarca todo el campo de la realidad de la Iglesia en proceso de autoedificación, con todas las tareas que esto implica. Básicamente se centra en las tres dimensiones principales de la acción cristiana: la profética o de la palabra, la litúrgica o del culto y la caritativa o solicitud pastoral.


c) Es reflexión sin referencia directa a la praxis transformadora de la realidad

El manual rahneriano no pretende ofrecer recetas pastorales al clero, sino circunscribirse a la reflexión crítica sobre la “autorrealización” de la Iglesia en el presente y en el futuro. La teología pastoral se especifica por las exigencias y condicionamientos de la actualidad y del futuro eclesial analizados socio-teológicamente.

Correspondiente a una teología misionera y testimonial, asume el denominado “giro antropológico” de la teología, indaga el sentido cristiano de la vida en los acontecimientos de la existencia, se preocupa en poner de relieve los valores de la persona y su transcendencia frente a cualquier condicionamiento socioeconómico y relaciona situaciones humanas con el kerigma neutestamental. Es en definitiva teología pastoral de la existencia humana, personalmente considerada, dentro de una concepción comunitaria. Dicho de otro modo: es hermenéutica o interpretación de la vida teologal, en clave eclesiológica, con talante humanista y existencialista.

4. Conclusiones

1. Desde su nacimiento, hace algo más de doscientos años, la teología pastoral ha librado una larga batalla hasta ser considerada disciplina teológica en toda regla. Durante el s. XIX y primera mitad del s. XX cayó en el pragmatismo, es decir, se convirtió en una suma abigarrada de consejos prácticos para los sacerdotes en cuanto pastores de la grey. De ahí el calificativo de pastoral, derivado de pastor. A partir de la segunda guerra mundial, lucha por justificar su especificidad teológica hasta ocupar un rango semejante al de sus tres hermanas teológicas: la bíblica, la histórica y la sistemática. “Si la teología pastoral del pasado sucumbió fácilmente a la tentación del pragmatismo -afirma F. J. Calvo Guinda-, la falta de especificidad puede ser el peligro del futuro”146.

2. La teología católica alemana aceptó la expresión teología práctica -acuñada por los protestantes-, en lugar de teología pastoral después de la segunda guerra mundial. De este modo se pretendía evitar su sello clerical, ensanchar el campo de reflexión a la totalidad de la Iglesia, y recoger, tanto el halo adquirido por la palabra práctica -hasta entonces desacreditado- como la fascinación de los términos acción y praxis, trasladados de la filosofía y la política a la teología. La reflexión de la teología práctica no se centra, pues, en la mera práctica de los pastores, sino en la acción de la Iglesia y de los cristianos.

3. La teología dogmática, erigida en suprema disciplina, ha considerado frecuentemente a la teología pastoral como un simple corolario de su proyecto especulativo. A la teología pastoral le ha costado Dios y ayuda ser reconocida disciplina teológica, no simple conclusión de tesis dogmáticas; eclesiología dinámica, cuyo agente o responsable no es el sacerdote sino la Iglesia o la comunidad cristiana; ciencia rigurosa, mediante la razón práctica como su razón de ser, distinta de la razón teórica. Esto ha sido posible en los años de la posguerra mundial al adquirir la teología sistemática dimensión pastoral, centralidad eclesial y estatuto práctico, hasta tal punto que no es fácil distinguir entre teología a secas y teología pastoral. La equiparación de la teología pastoral a teología práctica tiene el inconveniente de privar a las otras teologías de un significado práctico. Los teólogos franceses son más reacios que los alemanes a admitir la disciplina teología práctica, pues defienden que toda la teología es pastoral.

4. En torno al concepto rahneriano de teología pastoral sobrevuelan varios peligros. El primero se refiere al abultamiento que se da a la Iglesia, como si fuese posible edificarla en el mundo sin tener en cuenta suficientemente y en concreto los datos políticos, sociales y económicos de nuestra sociedad, especialmente la situación injusta de los pobres, las clases dominadas y el pueblo marginado. Parece más acertado teológicamente centrarla en la cristología.

El segundo peligro se relaciona con la concepción de la acción eclesial, identificada a menudo con la acción cristiana,
como si no hubiera acción salvadora fuera de la Iglesia. No se puede poner en duda que fuera de la Iglesia católica y de las demás Iglesias cristianas hay personas en gran número que viven al amparo de la gracia y del amor de Dios y poseen el Espíritu Santo. Esta convicción conciliar forma parte de las creencias cristianas.

En tercer lugar, su punto de partida casi exclusivo es el del kerigma cristiano; todo lo demás son meros condicionamientos o simples expectativas. No cuenta suficientemente con el hombre concreto políticamente situado, al resaltar el género humano abstracto o la individualidad imprecisa.

5. Frente al modelo rahneriano de teología pastoral han surgido posteriormente nuevas concepciones. El congreso de los pastoralistas alemanes de 1974, a propósito del segundo centenario de la fundación de nuestra disciplina, fue ocasión propicia de evaluar el manual rahneriano y proponer nuevas corrientes. F. J. Calvo habla de cuatro orientaciones: a) La eclesiológica, centrada en la praxis de la Iglesia como ciencia de la acción, directamente ligada a la causa de Jesús. b) La critico-social, cuyo arranque no es la Iglesia sino la práctica religiosa de la sociedad, su función y sus posibilidades. c) La pragmática, nostálgica de la primera concepción, dirigida a la formación de los sacerdotes. d) La antropológica, dirigida a la persona, al diálogo pastoral y a las exigencias terapéuticas.

En el año 2000 apareció en Alemania un nuevo manual de teología práctica, inductiva y crítica, que examina la praxis desde la tradición bíblica, la fe en Jesús y la constitución Gaudium et spes del Vaticano II. Entronca con las teologías feministas y de la liberación en torno al concepto rahneriano de teología pastoral147.

Como conclusión general podemos decir que gracias a la decisión conciliar de entender la Iglesia como pueblo de Dios en

estado de comunidad, al servicio del mundo, en aras de la justicia del reino, la teología práctica ha cobrado una nueva dimensión. La relación de la Iglesia con el mundo, sobre todo con el *tercero* -el marginado y pobre-, recordada por la teología de la liberación, es esencial en la comprensión de la teología práctica, entendida como teoría, crítica y reflexiva, de la praxis liberadora de la Iglesia y de los cristianos en el mundo.